

Milena



ELSA CROSS

De los portones se desprende un olor de café,
suave, en la tarde que ondula
como una sábana tendida.

Por la calle se escucha
la siringa del afilador de cuchillos.
Los niños sortean el paso de los coches,
jugando hacia el callejón.

Los labios magenta de la mujer
tras la ventana;
mira, ausente,
mientras alisa sus cabellos teñidos,
o dibuja una letra en el cristal
abriendo surcos en el polvo
y la nicotina pegada.

Un velo violeta,
un solo de flauta titubea
como un equilibrista.

Sueños,
sustancias tan leves,
al rozar la materia
se congelan.

Sueños petrificados
—muchachas con cuerpo de corteza.

Asoma una penumbra
más rápida que el intento
que discurre por las tejas
o sale a mirar el clima
o los augurios.

El corazón,
cerrado a la metáfora.

Y el largo cortejo de la muerte,
las manos que detienen
el hálito vivo
en las columnas rosadas,
en el mar,
irreal
junto a la tela de los sueños.

Las hojas secas se agitan en el balcón.
El polvo
llena de hastío las paredes,
rectángulos manchados
por huellas de viejos cuadros,
y la muerte allí,
arrancada de un nicho invisible.

Los ojos entreabiertos.
La pestaña negra velando
la última mirada
sobre la habitación—
Otra penumbra,
el cubo de un patio estrecho,
con olor de humedad.

Ropa en desorden,
un disco gira sin sonido.
Y el pelo de la mujer
sobre la almohada,
los senos apenas cubiertos,
la expresión apacible.